

Luis Gómez Canseco

*Don Bernardo de Sandoval y Rojas. Dichos, escritos y una vida en verso*

Huelva, Universidad de Huelva, 2017, 600 p.

ISBN 978-84-17066-21-5

Antonio Sánchez Jiménez

Université de Neuchâtel

antonio.sanchez@unine.ch

Un fenómeno archiconocido y recurrente en la historia de la crítica literaria es que las diversas escuelas o modas tienden a corregir más o menos piadosamente los excesos de las tendencias previas. Un ejemplo flagrante y reciente es el afán de toda la crítica romántica, y en particular de la biográfico-positivista, por emplear la vida de los escritores como una clave para interpretar su obra. Esta inclinación provocó numerosas exageraciones y desvíos, y ha sido concienzudamente anatematizada a partir del triunfo del estructuralismo, hasta el punto de que hasta hace muy poco el referirse a la biografía de los autores se considerara poco menos que escandaloso, y que los críticos que recurrían a información biográfica para interpretar un texto lo tuvieran que hacer entre disculpas compungidas. Sin embargo, la costumbre de referirse a la vida del escritor en los *accessus ad auctores* se ha mantenido viva en la tradición escolar y, afortunadamente, está experimentando un esperanzador renacer, privada ya de las ingenuidades de algunos críticos decimonónicos. Pruebas de este renacer son dos proyectos de investigación actualmente en curso, uno dedicado a la formación del sujeto moderno («Sujeto e institución literaria en la Edad Moderna», dirigido por Pedro Ruiz Pérez y Ángel Estévez) y otro centrado en la biografía en la Edad Moderna («Vida y escritura I: Biografía y autobiografía en la Edad Moderna», dirigido por Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera).

Fruto destacado de este último proyecto es el volumen que nos toca reseñar, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas. Dichos, escritos y una vida en verso*, obra de Luis Gómez Canseco. Se trata de una propuesta original que estudia la figura

de don Bernardo, tan poderoso durante el valimiento de Lerma, mediante un estudio biográfico, un análisis de los escritos del prócer y una serie de ediciones críticas y anotadas de textos clave para comprender al personaje. Es decir, estamos ante un libro que puede entenderse como una biografía construida de un modo alternativo o como una monografía sobre don Bernardo en la que la parte biográfica funge de introducción al volumen. Preferimos la primera opción, por considerar que el trabajo de Gómez Canseco funciona como una narración de la vida del personaje (especialmente en los tres primeros capítulos) y una descripción de su carácter y hazañas (en el resto del volumen, y desde distintos ángulos), que son las funciones clásicas del género biográfico. En cualquier caso, y dejando ya de lado la adscripción genérica del libro, lo cierto es que pocos personajes merecen como don Bernardo un trabajo como el de Gómez Canseco. En efecto, los conocedores de nuestras letras áureas se encuentran con este influyente prelado por doquier, en relación con escritores de primera fila como Cervantes, Góngora, Valdivielso, Lope de Vega o Tirso de Molina, y además lo han encontrado auspiciando uno de los saraos literarios más sonados del reinado de Felipe III: las fiestas por la traslación de la capilla del Sagrario, en 1616.

Tras una utilísima tabla cronológica («Don Bernardo de Sandoval y Rojas. Una cronología»), en el capítulo II del volumen Gómez Canseco relata la muerte del prelado y las reacciones de algunos contemporáneos a la misma, tras lo que narra en analepsis la vida del personaje. En esta biografía destacan, en primer lugar, dos factores relacionados: su cercanía con su sobrino, don Francisco de Sandoval y Rojas, a partir de 1599 duque de Lerma, y el meteórico ascenso por la jerarquía eclesiástica de don Bernardo, ascenso motivado tanto por las conexiones familiares como por las indudables dotes intelectuales del personaje. En efecto, don Bernardo se educó con doña Isabel de Borja, madre del futuro privado de Felipe III, y tuvo desde este momento una relación privilegiada con su sobrino que le llevó, de hecho, a cambiar el orden de sus apellidos en muestra de reconocimiento por los favores que le debía. Extrayendo información de los textos que comentaremos a continuación, y de una encomiable labor de archivo que le ha llevado desde el Archivo Secreto Vaticano a diversos archivos españoles, Gómez Canseco nos pinta a un joven de carácter fuerte y perpetuos problemas de salud (su miopía hizo que se le conmutara la obligación de rezar el oficio divino) que tiene, pese a ellos, una carrera fulgurante. Esta había comenzado antes de la privanza de Lerma, pues don Bernardo era desde 1586 obispo de Ciudad Rodrigo, y tras solo dos años en el cargo, titular de la sede de Pamplona (1588), y luego de la diócesis de Jaén (desde 1596). Sin embargo, el proceso se acelera meteóricamente desde la subida al trono de Felipe III en 1598: en 1599, don Bernardo alcanza el cardenalato y el obispado de Toledo, y en 1608 obtendría el cargo de Inquisidor General. Además, sería miembro del Consejo de Estado (era habitual en los arzobispos toledanos) y Chanciller Mayor de Castilla.

Estamos, pues, ante uno de los personajes más influyentes del momento, merced sobre todo al apoyo célebremente nepotista de su sobrino, el duque de

Lerma. Sin embargo, Gómez Canseco muestra que don Bernardo no fue tan solo una hechura de Lerma, y da fe de los enfrentamientos del personaje con el todopoderoso valido. Estos se dieron, en primer lugar, al rechazar en numerosas ocasiones el cargo de Inquisidor General (ya hemos dicho que lo acabaría aceptando), pero también, y en segundo lugar, al criticar el traslado de la corte a Valladolid y al moverse en el entorno de la reina Margarita, que aglutinó a los opositores del privado. Ahora bien, lo cierto es que don Bernardo tampoco traicionó a su clan, pues pese a estos altibajos mantuvo una relación muy cercana con su sobrino hasta el final. Así, le encontramos bautizando a los hijos de don Francisco, contribuyendo a la hacienda real, cediendo derechos del arzobispado toledano en pro de su sobrino y finalmente consiguiéndole el capelo cardenalicio en 1618.

Estamos, por lo tanto, ante un personaje complejo. Por una parte, es fácil achacarle el nepotismo típico de Lerma (y de casi cualquier noble del periodo, añadimos); por otra, es imposible no reconocerle excelentes intenciones, e incluso habilidad y talento. Así, el volumen de Gómez Canseco nos lo presenta como un hombre que, pese a su mala salud, estuvo muy atento a la administración de su diócesis y que ejerció siempre la áurea virtud de la limosna, tan admirada por sus contemporáneos. De hecho, una de las características del trabajo de Gómez Canseco es el énfasis en las diversas maneras de ver a don Bernardo en la época, que incluyen las de amigos y panegiristas como Tamayo de Vargas o las de enemigos como los siempre vitriólicos embajadores venecianos. En este sentido podemos subrayar, por ejemplo, el trabajo que lleva a cabo Gómez Canseco al estudiar los retratos de don Bernardo —la mayoría obra de Luis Tristán— y la juiciosa puesta en duda de la identificación con don Bernardo del retratado en la representación del cardenal Niño de Guevara, del Greco (p. 61).

Otra de las virtudes del trabajo de Gómez Canseco es la atención que le presta a la relación de don Bernardo con la literatura. Y es que Gómez Canseco subraya en diversos lugares que el prelado estuvo vinculado con el mundo editorial desde que ascendiera a la cátedra toledana. En efecto, don Bernardo fue objeto del interés de numerosos escritores que querían gozar de alguna de las prebendas que emanaban de la sede de la *dives toletana*. A su vez, el magnate gozaba reuniéndolos en su cigarral de Buenavista y rodeándose de una pequeña corte de intelectuales de élite en los que Gómez Canseco hace notar hasta qué punto iban unidos poder y letras en la España del Siglo de Oro.

Como avanzamos arriba, Gómez Canseco no se limita a proporcionarnos esta semblanza del interesante personaje en los dos primeros capítulos del libro. Además, prepara cuidadosamente diversos textos relacionados con él, ya porque son obra suya, directa o indirecta, ya porque tratan de su vida y costumbres. Hacemos hincapié en este cuidado porque resulta notable cómo Gómez Canseco lleva a cabo ediciones críticas de todos estos textos, incluso los editados modernamente, y cómo mejora estas ediciones completando el aparato de variantes y, sobre todo, anotando juiciosamente los lugares necesarios. El primer texto que

nos ofrece está en el capítulo III y es el libro XXIV del *Sagrario de Toledo* (1616). En él el célebre José de Valdivielso —Gómez Canseco prefiere siempre el «Josef» con que firmaba el capellán de don Bernardo— encomia a Felipe III y a Lerma, pero, sobre todo, narra en detalle la biografía del prelado. Esta es, pues, la «vida en verso» (octavas) que promete el título de Gómez Canseco, a la que el libro añade otra serie de textos.

Así, el capítulo IV estudia el ambiente ideológico y literario en torno a don Bernardo centrándose en los intereses principales del prelado, que oscilaban desde la pobreza y la brujería a la limpieza de sangre o la censura. Destaca aquí la obra de un hombre del entorno de don Bernardo como Pedro de Valencia, cuyas ideas sobre brujería coinciden, como ha resaltado correctamente la crítica, con las que expresó otro intelectual que orbitó en torno al prelado: Miguel de Cervantes. Sin embargo, Valencia no siguió la opinión de don Bernardo en lo relativo a la cuestión morisca, en la que el magnate representaba la línea dura del régimen de Lerma. Aquí, la actuación de don Bernardo fue decisiva, y particularmente interesante dada su intervención en el célebre episodio de los plomos del Sacromonte, que Gómez Canseco relata con pericia y proponiendo, por cierto, una lectura irónica del denuesto a la «morisca canalla» del «Coloquio de los perros» (p. 142). En otros ámbitos, sin embargo, la obra de Valencia sigue siendo clave para entender a don Bernardo. Es el caso de su opinión acerca de la agricultura como base del imperio (una utopía muy romana, y muy del gusto del prelado) o de su posición acerca de cuáles deberían ser las prioridades geopolíticas de la Monarquía (el Mediterráneo, no Flandes). Por último, el capítulo sobre los intereses de su círculo literario explica el protagonismo de don Bernardo en la creación de su famoso Índice, que Gómez Canseco relaciona con el trabajo de otro intelectual que conoce muy bien: Benito Arias Montano.

A continuación, Gómez Canseco se centra en la obra del propio don Bernardo, personaje que presenta como muy vinculado a la Compañía de Jesús y muy bien formado, como testifican sus intereses teatrales y su mecenazgo de autores como Espinel o Cervantes. En la faceta de oratoria sagrada, tenemos dos sermones de don Bernardo, uno completo, de 1598, e impreso, y otro que versificó e incluyó en las *Rimas sacras* Lope de Vega, en un alarde de memoria, talento literario y, como no, afán por ganarse el favor de los grandes. Como hemos avanzado, Gómez Canseco presenta ediciones críticas de estos textos, que en el caso del lopesco acompaña de reflexiones acerca de las ambiciones literarias del Fénix y de los vínculos entre este sermón versificado y el género de la epístola. Además, Gómez Canseco da fe de una de las facetas más destacadas de don Bernardo: su ingenio, que era muy celebrado por el propio Lope de Vega, quien gustaba de citar una frase del prelado sobre los autos de fe. De hecho, uno de los muchos méritos del libro de Gómez Canseco es recoger las *Proposiciones apoteomas o sentencias del cardenal de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, mi señor, que está en el cielo*, que quedaron manuscritas en el Ms. 6590 de la Biblioteca Nacional de España. Se trata de uno de los textos más divertidos del

libro, y también de uno de los más reveladores acerca de la personalidad de don Bernardo, cuya inteligencia, profundidad y humor revelan estos dichos. Por último, destaquemos que el libro de Gómez Canseco recoge otros varios textos con los que completar esta excelente y multifacética visión de don Bernardo: diversos pareceres sobre política estatal y religiosa, unas advertencias a su sobrino, el marqués de Casarrubios, unas cartas con don Pedro de Castro y Quiñones, una serie de textos de administración eclesiástica (destaca la provisión para el *Index*) y un codicilo y testamento, a los que hay que añadir dos documentos posteriores a la muerte del prelado, como son las semblanzas de don Bernardo en el *Teatro eclesiástico* de Gil González Dávila y la *Primacía de la Santa Iglesia de Toledo* de Diego de Castejón y Fonseca.

En suma, el volumen de Gómez Canseco es erudito y muy útil. Es el fruto de investigación de archivo, de un trabajo textual minuciosísimo y de una capacidad de organización de materiales poco comunes. Sin duda, será origen de otros estudios, que podrían examinar, por ejemplo, la actuación y círculo de don Bernardo en relación con otros arzobispos toledanos del momento, o que se centrarían en la relación del prelado con unos u otros escritores. En lo que nos concierne, nos parece especialmente curiosa la dinámica con Valdivielso, pues el capellán mozárabe era, por una parte, incondicional de Lope de Vega, pero por otra debió de participar en las fiestas a la traslación de la capilla del Sagrario, que supusieron un humillante triunfo de la nueva poesía en pleno territorio lopesco. Igualmente estimulante es examinar el papel en esta corte literaria de otro personaje del círculo de Lope, Tamayo de Vargas, que llegaría a ser cronista real en detrimento de su amigo. Son solamente algunas de las cuestiones que sugiere este gran libro, uno más que agradecer a su autor.



